

El Josefino[®]

Nº 60 Diciembre 2023
DISTRIBUCIÓN GRATUITA



**SAN
ENRIQUE
DE OSSÓ Y
SAN JOSÉ**

Pág. 12

**"EL
NOMBRE
DE JOSÉ"**

Pág. 14

"Ponme en tu brazo como sello".

(Cant. 5, 10)

SUMARIO

... Al lector...



	Pág.
AL LECTOR	3
“ACTO DE CONSAGRACIÓN A SAN JOSÉ POR SAN PEDRO JULIÁN EYMARD ”	4
MEDITACIÓN JOSEFINA: “... ¡SÍ! ...”	6
JOSÉ Y MARÍA HAN DADO A JESÚS UN TESTIMONIO FIEL DE AMOR	10
SAN ENRIQUE DE OSSÓ Y SAN JOSÉ	12
“EL NOMBRE DE JOSÉ”	14

Estimados Josefinos:

San José fue el hombre a través del cual pudo Dios obrar. Con su entrega silenciosa, humilde y plena este sencillo carpintero cooperó con Cristo a la redención del mundo.

Dios sigue soñando hoy en el siglo XXI con almas que estén dispuestas a decirle sí a todos sus quereres, que estén dispuestas a abandonar la mediocridad y elevarse alto, a romper todos los esquemas humanos y empezar a vivir sobrenaturalmente.

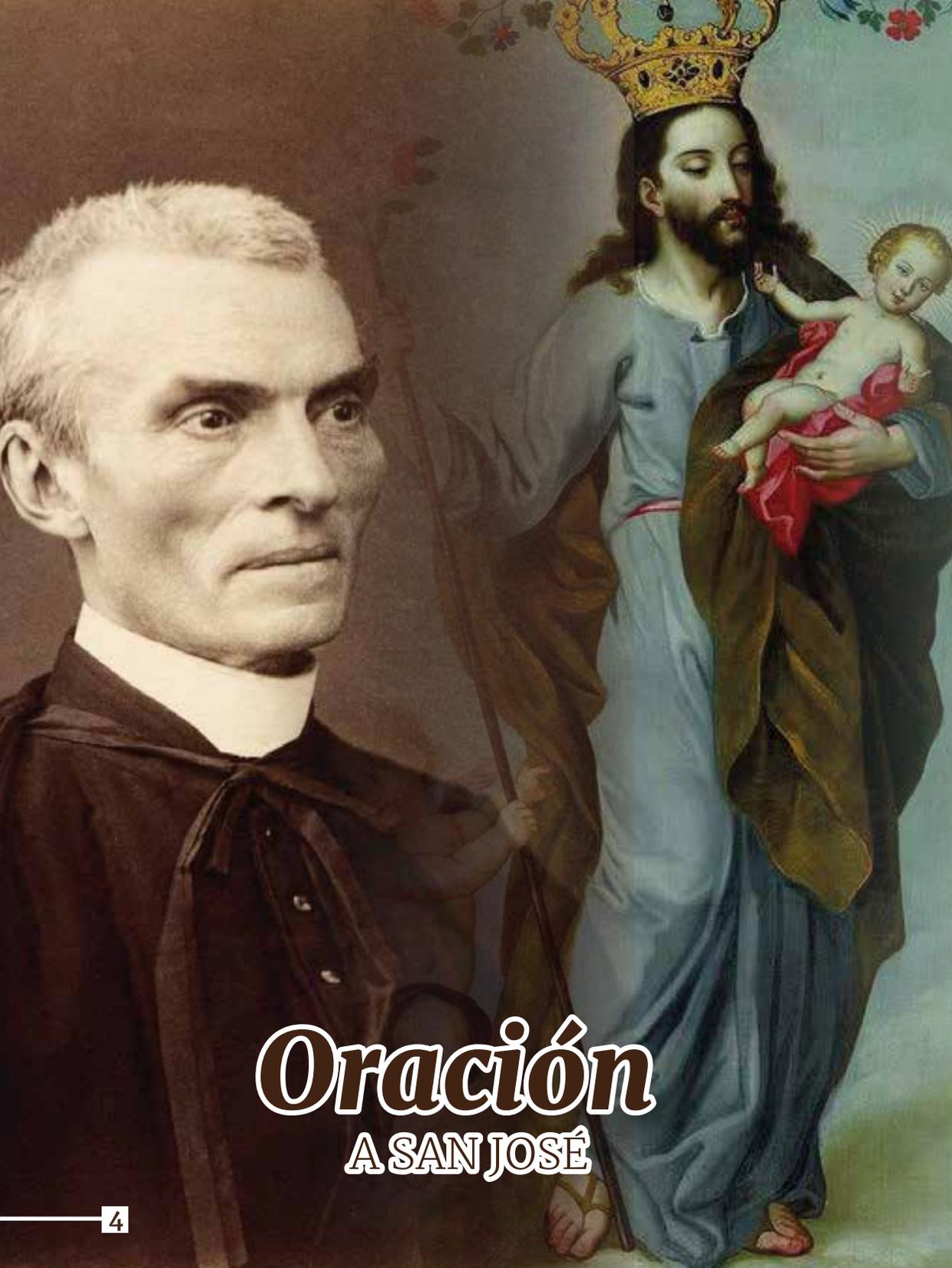
Ser santo fue posible ayer y sigue siéndolo hoy porque, aunque nosotros somos débiles Él es nuestra Fortaleza. El santo es el que ha llenado su corazón de amor a Dios y lo irradia por todas partes.

¡Qué feliz es quien lo entrega todo! San José no se contentó con una vida vulgar. Su existencia fue un ascender

constantemente hacia la cumbre de la santidad. Es necesario que nosotros demos un paso más en nuestra vida cristiana. Estamos llamados a ser santos; no nos podemos quedar a medio camino hay que redoblar los esfuerzos.

Vigilemos para no dejarnos seducir por los goces de este mundo que pasan. Levantemos los ojos al cielo y contemplemos a la muchedumbre de almas que, junto a la Virgen Santísima y a San José, gozan ya de Dios y desde allí nos alientan a pelear virilmente para obtener la victoria. Es preciso armarnos de valor y sacudir toda pereza para vivir con Cristo por los siglos de los siglos.

La Redacción.



Oración A SAN JOSÉ

“Acto de Consagración a San José por San Pedro Julián Eymard”

Me consagro a ti, buen San José, mi padre espiritual. Te elijo para gobernar mi alma y enseñarme la vida interior, la vida oculta con Jesús, con María y contigo.

Sobre todo, quiero imitar el humilde silencio con el que envolviste a Jesús y a María. Para mí, todo se basa en eso, en la abnegación, como la de Nuestro Señor en su vida oculta, haciendo que el mundo me olvide por mi silencio y mi práctica de la virtud.

Me consagro a ti como mi guía y modelo en todos mis deberes para que aprenda a cumplirlos con mansedumbre y humildad: Con mansedumbre hacia mis hermanos, mi prójimo y todos aquellos con quienes tengo contacto; con humildad hacia mí mismo y sencillez delante de Dios.

Te elijo, buen santo, como mi consejero, confidente y pro-

tector en todas mis dificultades y pruebas. No pido ser liberado de cruces y sufrimientos, sino solo del amor propio que podría quitarles su valor si me glorío de mis tribulaciones.

Te elijo como mi protector. Sé mi padre como lo fuiste de la Sagrada Familia en Nazaret. Sé mi guía; sé mi protector. No pido bienes temporales, grandeza o poder; solo pido servir con fidelidad y dedicación a mi Rey Divino.

Te honraré, amaré y serviré con María, mi Madre, y nunca separaré su Nombre del tuyo.

Oh, Jesús, dame a San José por padre así como me diste a María por Madre. Lléname de devoción, confianza y amor filial. Escucha mi oración. Sé que lo harás.

Ya me siento más devoto, más lleno de esperanza y confianza en el buen San José tu padre adoptivo y mi padre espiritual.

AMÉN

Meditación JOSEFINA

“... ¡Sí! ...”



La vida de San José fue un don total. Esa totalidad que se resume en un **SÍ** permanente a Dios a lo largo de toda su vida y que se llamaba: **fidelidad**. Cualquier ambiente, cualquier situación, cualquier noche oscura que pasara, era la más adecuada para vivir ese *don total*.

Su santidad inmensa se concentraba en una pequeña palabra: **¡SÍ... Señor!** En un *Amén* continuo y sin descanso. En un *Fiat*, como el de su Esposa, en cualquier minuto y en todas las horas del día.

San José fue un **SÍ** al amor de Dios con todo su amor. Porque San José era siempre un: “*Padre, Yo hago siempre lo que a Ti te agrada...*”, como Jesús...

Para San José no había en el día horas estipuladas por el reloj. A cada instante tenía una cosa única que decir a Dios: **¡Hágase!** Y eso programaba siempre su jornada.

Sí, San José amaba a Dios *con todo el corazón, con toda el alma, con todas las fuerzas, con toda su mente*.

San José siempre nos enseña una cosa: A no rebajar la fidelidad con vana palabrería. A él le fue dado tener al Niño en sus brazos y enseñarle muchas cosas, también el oficio de carpintero. Permaneció en silencio, solo con su **SÍ**, casi tanto como María, para que pudiéramos ver mejor sobre su fondo la imagen redentora de Jesucristo.

Hay un “clima” de silencio y de fidelidad que acompaña todo lo relacionado con la figura de San José. Ese silencio de un **SÍ** tan eminentemente activo

permitía aplicarle aquella otra sentencia de Jesús: «*No todo el que me dice “Señor, Señor” entrará en el reino de los Cielos, sino aquel que haga la voluntad de mi Padre Celestial*». El silencio de San José es una invitación a trascender el bullicio externo, pero también, y de una manera más clara aún, a silenciar las voces y sonidos parásitos que ensordecen la propia interioridad y obstaculizan seriamente, cuando no impiden totalmente, escuchar el susurro de la vida, el soplo de Dios.

Libre de todo cuanto pudiera atarlo o limitarlo, el Santo Custodio estaba siempre dispuesto para darse con toda celeridad y santa eficacia al cumplimiento del designio divino con su **SÍ**. Su vocación a la plena disponibilidad se concretaba ejemplarmente en su vida y en su acción junto al Señor Jesús y a Santa María.

Dios no le pedía su riqueza, que por otra parte tampoco la tenía en lo material; Dios no le pedía su talento... Dios solo le pedía su **SÍ**... No la cantidad sino la *totalidad*...

San José era justo, como dice el evangelista, y Dios podía contar con él. Una tarea sobrenatural —como deben ser todas las tareas humanas— que vivió confiando en Dios mientras sentía que Dios confiaba en él.

San José es el santo que vivió el “*no temas*” con fe y honor indecibles, con la profundidad de una entrega sin retorno. San José era el santo de la fe intrépida en la Providencia divina, de las decisiones valientes, de la voluntad fuerte, la amabilidad tierna e ilimitada, de sencillez sin rebozo, sin ficción, sin doblez.

San José era un santo, sin contenido alguno propio. Aquí radicaba la grandeza de él. No se movía al imperio de su “yo”. El Yo de Dios es el que vivía en él por medio de su **Sí**...

Los silencios de San José no se dan en el vacío, sino que están llenos de sonoridad; tienen una gran trascendencia porque por medio de su silencio San José pronunciaba un **SÍ** abierto y determinante; como el fiat que en voz alta proclamó la Virgen en el momento de la Anunciación. En él no hablaban los labios, sino el corazón.

El lenguaje de San José era siempre **SÍ**.

Quizá porque su lengua no bastaba a su corazón y porque las grandes realidades que estaban aconteciendo le cerraban la boca por la imposibilidad de expresarlas.

El movimiento de nuestros pensamientos y afectos, cuando es tan excesivo, suspende el movimiento de nuestra lengua. De la misma manera, no resulta extraño que San José, estando todo él abrasado del fuego sagrado que su divino Hijo vino a traer a la tierra, no hablase casi nada a los humanos. Su lenguaje era la expresión de su disposición interna ante el Señor: **SÍ**.

Cuando contemplamos el corazón de San José contemplamos un corazón puro que dirige todos sus afectos y acciones hacia aquellos que le fueron encomendados, cuya grandeza él supo leer y entender. Todos los movimientos del corazón de San José tenían un solo objetivo: El amor de los Dos Corazones. Por ellos trabajó, por ellos obedeció, por ellos sufrió, a ellos los defendió

y protegió sin interrupción. Y esto bajo la sombra de su **SÍ** siempre y en todo.

Nosotros tenemos el recuerdo de numerosos hombres que el mundo llama “grandes” y que lo son por diversos títulos. Su historia está escrita con la más grande precisión. Se conocen sus actos, se han recogido cuidadosamente sus palabras. El lugar y la fecha de su nacimiento no son discutidos, se sabe perfectamente el año y las circunstancias de su muerte; en una palabra, ellos están para nosotros, desde el punto de vista de la historia, a pleno día. De San José, por el contrario, la historia no dice casi nada: Diez o doce líneas en el Evangelio donde no se cita ni una sola palabra suya y eso es todo.

Como se ve, este hombre estaba en la “noche”, su vida era para el mundo una verdadera noche: Oscura, como la noche lo es siempre. Ella es profunda, majestuosa y religiosamente conmovedora a tal punto que se termina por apreciar esta existencia tan escondida, más bella sin comparación, más grande, más atractiva que aquellas que están para nosotros más esclarecidas.

En resumen: San José no era “nada” en Nazareth, en esa Nazareth que tan poca cosa era. No tenía allí puesto alguno; y fuera de que su vida ejemplar incitara constantemente a todo el vecindario a la virtud, él no ejercía allí ninguna otra acción significativa.

Sencillo, dócil, olvidado de sí mismo, sin pretensiones y sin ambiciones, San José siempre será el maestro que nos enseñe, desde su silencio, a decir:

“... ¡SÍ! ...”



José y María han dado a Jesús un testimonio fiel de amor



Se celebra hoy el Domingo de la Sagrada Familia. Podemos aún identificarnos con los pastores de Belén que, apenas recibido el anuncio del Ángel, fueron de prisa a la gruta y encontraron a “María y a José y al niño acostado en el pesebre” (Lucas 2, 16).

Detengámonos también nosotros para contemplar esta escena, y reflexionemos sobre su significado. Los primeros testigos del nacimiento de Cristo, los pastores, se encontraron de frente no sólo con el Niño Jesús, sino con una pequeña Familia: Mamá, papá e Hijo recién nacido. Dios ha querido revelarse naciendo en una familia humana, y por esto ¡La familia humana se convierte en una imagen de Dios! Dios es Trinidad, y comunión de amor, y la familia es, con toda la diferencia existente entre el Misterio de Dios y su creatura humana, una expresión que refleja el Misterio insondable de Dios amor. El hombre y la mujer, creados a imagen de Dios, se convierten en el matrimonio en “una sola carne” (Génesis 2, 24), es decir en una comunión de amor que genera una nueva vida. La familia humana, en cierto sentido, es imagen de la Trinidad por el amor interpersonal y por la fecundidad del amor.

¿Cómo no recordar el verdadero significado de esta fiesta? Dios, habiendo venido al mundo en el seno de una Familia, manifiesta que esta institución es camino seguro para encontrarlo y conocerlo, así como un llamamiento permanente a trabajar por la unidad de todos en torno al amor. De ahí que uno de los mayores servicios que los cristia-

nos podemos prestar a nuestros semejantes es ofrecerles nuestro testimonio sereno y firme de la familia fundada en el matrimonio entre un hombre y una mujer, salvaguardándola y promoviéndola, pues ella es de suma importancia para el presente y el futuro de la humanidad.

En efecto, la familia es la mejor escuela donde se aprende a vivir aquellos valores que dignifican a la persona y hacen grandes a los pueblos. También en ella se comparten las penas y las alegrías, sintiéndose todos arropados por el cariño que reina en casa por el mero hecho de ser miembros de la misma familia.

Pido a Dios que en vuestros hogares se respire siempre ese amor de total entrega y fidelidad que Jesús trajo al mundo con su nacimiento, alimentándolo y fortaleciéndolo con la oración cotidiana, la práctica constante de las virtudes, la recíproca comprensión y el respeto mutuo. Os animo, pues, a que, confiando en la materna intercesión de María Santísima, Reina de las Familias, y en la poderosa protección de San José, su esposo, os dediquéis sin descanso a esta hermosa misión que el Señor ha puesto en vuestras manos.

Contad además con mi cercanía y afecto, y os ruego que llevéis un saludo muy especial del Papa a vuestros seres queridos más necesitados o que se encuentran en dificultad.

Os bendigo a todos de corazón».

(Homilía del Papa Benedicto XVI pronunciada en la Fiesta de la Sagrada Familia de Nazaret. Plaza de San Pedro. Domingo, 27 diciembre de 2009)





San Enrique de Ossó y San José

Nació en Vinebre, provincia de Tarragona, España, el 16 de octubre de 1840.

Sacerdote según el corazón de Dios, el Santo fue un verdadero contemplativo que fundió en sí con equilibrio extraordinario un ideal apostólico abierto a todo lo bueno que ofrecían los nuevos tiempos. De fe viva, no miraba sacrificios ni oposiciones. En una época especialmente hostil a la Iglesia, anunció valerosamente el Evangelio con la palabra, con los escritos, con la vida.

Por su gran admiración hacia Santa Teresa de Ávila fundó la Compañía de Santa Teresa de Jesús (más conocida como "Teresianas").

Murió en 1896 en Gilet (Valencia), en el convento de los Padres Franciscanos, donde se había retirado durante

algunos días para orar en la soledad.

Me explicó la Hna. Josefina Túnica que, estando en el colegio de San Gervasio, un día se presentó al Siervo de Dios porque había roto siete tazas que había en una bandeja. Nuestro Padre la consoló diciendo: *“Anda, reza los dolores y gozos a San José y él te dará para comprar”*. Así lo hizo. Después salió al huerto y, cavando para poner una planta, encontró una moneda pequeña de plata. Preguntó a los hortelanos si la habían perdido y, no habiendo hallado dueño, se fue muy contenta al siervo de Dios y él la mandó a la

Madre Procuradora a pagarle las tazas y dar gracias a San José. Al volver le dijo: *“Padre, aún sobra dinero para otras tres”*. Nuestro Padre juntó las manos y mirando al crucifijo, exclamó: *“Oh, fe, oh esperanza, cuanto deseas, cuanto pides, cuanto quieres, tanto alcanzas”*.(M. Folch).

Hallándose nuestro Padre en el noviciado de Tortosa, al dar las doce un día cuya fecha no recuerdo, no tenían las religiosas nada para comer. Por lo cual, terminada la lectura y el examen dijo la superiora: *“Todo por Jesús. Vaya cada cual a su oficio”*. Se le comunicó en seguida a nuestro Padre el cual, sin inmutarse, contestó: *“Fe viva, que hace alcanzar cosas grandes de Dios”*. Y dio orden de que las hermanas fueran a rezar los dolores y gozos a San José. A las dos de la tarde llegó un carro a la puerta cargado de pan, huevos, frutas y otros comestibles que un bienhechor enviaba. Después de comer nuestro Padre dijo a la superiora: *“Que vayan las hermanas a la iglesia a dar gracias a San José repitiendo tres veces en voz alta: ¡Gracias, San José, gracias!”*.

Refiere la Madre Francisca Plá que en un viaje de Tarragona a Tortosa se encontraron el P. Fundador y ella sin dinero para el importe del billete del ferrocarril y, sin desconfiar por ello, la mandó que subiese al tren, el cual estaba a punto de salir. La Madre Francisca vio a un señor desconocido que se acercaba y hablaba al Padre. Luego vino éste con los dos billetes a ocupar su asiento en el tren y le dijo:

“¿Has conocido a aquel señor que me hablaba?... Era San José”.

Es público en nuestra Compañía, por haberlo referido D. Juan Bautista Puell, difunto, maestro de obras en la construcción de la casa-noviciado antigua de Jesús (Tortosa) que, hallándose el Siervo de Dios sin el dinero necesario para pagar la semana a los obreros, el propio maestro de las obras hubo de adelantar la cantidad que se precisaba. Pasó otra semana y de nuevo se encontró con el mismo conflicto. Entonces el Siervo de Dios acudió a la oración, invocando a San José y, al volver la cabeza, halló un envoltorio de papel en una ventana del edificio en construcción y, al desenvolverlo, encontró el dinero suficiente para pagar las dos semanas a los obreros. El maestro de obras presenció el hecho y, al entregarle el Padre el dinero, le dijo: *“¿Ves cómo San José provee cuando se le pide?”*.

Razón tenía, pues, el Padre para enseñar a sus hijas que recurriesen al Santo siempre y que mirasen como venidos de su mano los obsequios que les hicieran: *“Cuando os regalen algo no digáis: tal cosa nos han dado o regalado, sino... Tal cosa nos ha traído San José”*. Él le llamaba (sin que se molestase San José) *“el abuelito de casa”*.

(Cardenal Marcelo González Martín del libro: la fuerza del sacerdocio Parte IV, Cap.56).

Con razón
ERES AMADO

(Cant. 1,4)



Josefología

“El nombre de José”



En la mentalidad y la costumbre hebreas, el nombre de una persona es un asunto de vital importancia pues hacía referencia al “llamado” de esa persona y “a la misión” que el Señor Dios le encomendaba.

Etimológicamente, el nombre de José, significa “aumentar”, “añadir” (Gen 30, 24). San José fue quien «aumentó» la paz, la seguridad, la felicidad de la Sagrada Familia de Nazaret al ser su cabeza. Y, sobre todo, se la aumentó de algún modo a sí mismo por poder gozar del trato familiar con Jesús de quien era el padre legal, y con María, su esposa, la Madre de Dios.

Nuestro glorioso Patriarca tiene por nombre José, y no es fortuito: Habla de la gran tarea que Dios ponía sobre sus hombros desde el momento mismo de su nacimiento y la imposición de su nombre. De hecho, su persona fue prefigurada desde el Antiguo Testamento por el patriarca

José de Egipto, cuyo papel fue relevante en la Historia de la Salvación al salvar a los egipcios de la hambruna y propiciar el surgimiento de Israel como Pueblo.

El patriarca José de Egipto, por haber sabido interpretar los sueños del faraón anunciando para Egipto siete años de abundantes cosechas, seguidos de otros siete de escasez, fue nombrado administrador de todas las tierras de Egipto (Cfr. Gén 39, 4-9), así como el José del Nuevo Testamento fue puesto por Dios como jefe y sostén de la Sagrada Familia (Cfr. Mt 24, 45).

La primera vez que se nombra a José en el Evangelio de San Mateo es cerrando la larga lista de la genealogía que habían preparado la venida del Mesías: “*Jacob engendró a José, el esposo de María, de la cual nació Jesús, llamado Cristo*”, nos cuenta el evangelista san Mateo (Mt 1, 16). Aparece pues el nombre de José enlazado ya con los dos nombres “*que están sobre todo nombre*”: Jesús y María.



Síguenos en:



Ejército Blanco



www.reinadodemaria.org

NSEradio
www.nseradio.com
www.nsetv.com



nsetvradio




@nseradio
@nsetv



nseradio
nsetv

Si lo deseas, puedes contribuir con un donativo a la difusión de El Josefino.

E-mail: revistaeljosefino@gmail.com

Colección completa en:

<https://reinadodemaria.org/categoria/el-josefino/>